

Bajo la lluvia

Por **Mauricio Rodríguez Medrano**

De: Mil novecientos setenta y ocho

...pareció mejor con los primeros soles.

Gabriel García Márquez, *Un señor muy viejo con unas alas enormes*

El siete corrió hasta llegar a la escarpada. Intentó devolver la mirada hacia las rocas de sal. Escuché sus pasos y quise advertirle que aún faltaba demasiado sendero para alcanzar el páramo, que todavía estaba cerca la alambreira de púas y que no se fiara del silencio ni de la noche ni de la niebla; pero de la boca sólo me salía espuma.

Desde la hondura no pude ver aquellos ojos que buscaban perderse en el infinito del horizonte, como lo hicieron siempre. Me pesaba el recuerdo de los días, las horas en que formaba en el patio; y la lluvia aún crepitaba en los techos de zinc, antes de que escampara al final de la tarde. Todos los días eran días de lluvia. El silencio sólo podía ser atenuado por los murmullos que provenían de las habitaciones del fondo. Y no sé en qué momento sentí las manos del siete apoyadas en las rocas. Después cayeron gotas de sudor y chapalearon en la tierra húmeda o en algún charco que reflejaba la noche.

El siete quiso continuar bajando. Resbaló en las piedras. Al subir la cuesta le había recomendado que no se atrasara porque el sendero podía traicionarnos, pero se retrasó. Tuvo que sentarse, agachar la cabeza y dar de topes contra el suelo; primero despacito, después más recio y aquello sonó como un tambor. Igual que el tambor que se tocaba al final de la tarde, cada día de los días que formábamos, cuando el sonido de la sirena, que a muchos acercó a su final, anunciaba la proximidad de una avioneta de color de añil. Aquel día la sirena no fue prendida al anochecer. El silencio me acompañó hasta la cima. Y ya no pude ver el cuerpo del siete tendido a un lado de las rocas de sal, intentando alcanzarme, confundido al ver tanta oscuridad y sentir el silencio inacabable que se extendía hasta la línea invisible del horizonte.

Enterré la cabeza en el lodo y pude escuchar los pasos del siete que se hundían en cada charco. Quise decirle que esperara los primeros minutos del amanecer, que la noche, aunque parecía interminable, se iría disipando, que no intentara correr, que sólo se cansaría

buscando encontrar la salida hacia el páramo; pero las palabras no podían enfrentarse al silencio. Sentí hundirme en un pozo y formar parte de la noche, tan parecida al sinfín de habitaciones que nos resguardaban de la lluvia, tan diferente a las habitaciones del fondo, con paredes blancas, con camillas blancas, con olor a hospital, que el siete conoció; y fue el único que regresó, aunque con un pedacito de luces de quirófano o de cristales de agua salina atravesado en los laberintos de su mente. Pero los que vigilaban desde las torres, aunque lo veían todo, jamás pudieron siquiera descubrir aquel retorno o intuir que siete noches después cruzaríamos la alambreira y esperaríamos acurrucados en algún agujero a que miraran el desierto, en donde las camionetas se perdían dejando una estela de polvo. Luego empezamos a subir la escarpada y atravesamos la hilera de mástiles que poseían banderas flameando por encima de la niebla. La misma niebla envolvía el cuerpo del siete. Había caído otra vez. Sentí que buscaba a tientas alguna roca para sujetarse, para decirse a sí mismo que la oscuridad no era indefinida. Su respiración se acercó a la mía y sus latidos se acercaron a los míos. Quise decirle, aún con un leve hilo de voz alejándose sin remedio, que si esperaba podríamos llegar al páramo, que la niebla ya empezaría a perderse; pero en ese instante percibí pasos alcanzando la cima y el rastro de perros sujetos con tientos de cuero. Aún así el silencio parecía ganarle a los ladridos, a las indicaciones de rastrillar toda el área antes del amanecer.

El siete se levantó otra vez, como lo hizo siempre después de cada respuesta errónea en la infinidad de interrogatorios que se repetían cada día. Luego debía llevarlo al catre y hacer vigilia, cambiarle el emplasto de la frente y, sin querer, escuchar sus palabras. Una ventana..., una puerta a punto de ser abierta..., un pasillo sin final... El siete fue asesino y víctima a la vez durante todas las noches que duró la fiebre, en todo el tiempo antes del amanecer y la lluvia. En seguida éramos conducidos al patio para formar y escuchar cuántos días faltaban antes del abandono de la alambreira. Aquellos días estaban ya lejos, y el siete continuaba bajando y apresurando el paso a pesar de las piedras y de la quebrada que fue develada por una tenue claridad cuando la niebla desapareció. Quise preguntar al siete por qué se alejó de mí, por qué tuvo que tardar tanto, por qué me dejó allá arriba a merced de la noche, de los pasos equívocos y de todo el pasado colmado de recuerdos que pesaba en todo el cuerpo. En la penumbra, una y otra vez regresaba a la habitación, a la orilla de un catre duplicado de otro catre y de todos los del vasto corredor sin puertas. En aquel lugar escuché la confesión. Las palabras cobraban vida, también muerte. Sentí las gotas de sangre que caían al piso de madera y recorrían todo el largo del pasillo, en seguida el aliento aún tibio salía del cuerpo rendido en el suelo, atravesaba unos labios que fueron marchitándose, perdiendo todo su color; después el arma cayó sin hacer el menor ruido. Afuera habían tomado la ciudad. Empezó a llover y una camioneta recorrió el desierto. Esa noche había quedado atrás, y el silencio fue desapareciendo. A instantes la tierra era alumbrada por las linternas que provenían de la cima; y la sirena fue encendida a deshora, en otro tiempo. Sentí el sonido del motor de la avioneta. Las linternas fueron apagadas y los pasos se detuvieron. Sólo el siete continuaba bajando, hundiendo los pies en la tierra,

lacerando los pies en las piedras. Resbaló dos, tres veces. Nadie le limpió el rostro. Fue entonces que pude ver el cielo azulino, azulenco, azulillo, azulado, y la sombra de la avioneta perdiéndose tras la cadena de montañas que no tenía ni principio ni final. La sirena fue apagada y las linternas fueron prendidas otra vez. Los perros ladraban dejando caer espumarajos en la tierra. Los tientos fueron soltados, y sentí la llovizna en el rostro. Faltaba tan poco para el amanecer, para que el siete por fin saliera al páramo, para que todo recuerdo fuera borrado de la faz de la tierra; y los días de la alambarrera terminaran, también los recuerdos que me habían acompañado hasta la cima y en la caída definitiva; después en cada intento de pedirle al siete que regresara los pasos, que inclinara el cuerpo para ver hacia la hondura, que si hubiese decidido levantar mi cuerpo y continuar el sendero, sin soltar la carga de sus hombros, tal vez hubiésemos podido cruzar la línea del horizonte, juntos los dos. Pero sólo pude verlo tras la lluvia, quizá tras alguna lágrima. Y sentí el trote marcial de aquéllos que bajaban, desperdigando las piedras y dejando en su lugar una polvareda triste, la misma polvareda del desierto. Los pasos se detuvieron en la quebrada que el siete había abandonado minutos atrás. Y desde la hondura pude ver el páramo que se alargaba hasta el horizonte. Pude ver las piedras que aún caían a través del sendero, a los perros persiguiendo el rastro. Pude ver la lluvia humedeciendo la tierra; y parecía que todo recuerdo desapareció. Dejé de sentir el cuerpo. Sonreí. No lo había hecho en varios años. Llovía delante de mis ojos, detrás de mis ojos. Y no sé en qué instante el cielo volvió a cubrirse de nubes que bajarían en forma de niebla al anochecer, porque la llovizna bajó de un cielo azul, libre. Quise advertir al siete que desde la quebrada lo observaban, que los perros ya lo alcanzarían, que ya nadie podría guarecerlo como intenté hacerlo todos los días, como no lo pude hacer cuando lo dejé tendido en la tierra. Ya no existía el mínimo impulso de pretender salir de la hondura, ya no existía suficiente aire para seguir respirando, para levantar el brazo izquierdo y llamar la atención de aquéllos que apuntaban con fusiles desde la quebrada hacia la planicie de tierras ajenas. Y sólo pude ver al siete y sentir su felicidad. Pude ver al siete corriendo a través del páramo a pesar de las balas que lo alcanzaron, de los perros que desgarraron su cuerpo, pero ya nada importaba porque pude ver al siete, hasta cuando ya no era posible que lo pudiera ver, perdiéndose como un puntito imaginario en la línea del horizonte.

Ya estaba yo todo ampollado de amarguras; ella las borró con sólo mirarme y dejar que yo la viera. Y es que, ver a una mujer como uno quisiera verla, sin nada entre ella y uno, sino únicamente la mirada de los ojos, es para volverse loco y perder el habla de repente. Esto tuvo que causarme buen efecto. Es lo que yo pienso.